

calibre, ni por su número, para un sitio formal; y sabido es que la pieza más poderosa que tenían era una culebrina de bronce, la cual, por irrisión seguramente, tenía por nombre: "El gran poder de Dios."

Los americanos, en 1847, prefirieron rendir la plaza por hambre, á pesar de sus once fortines y sus catorce mil hombres.

Los recursos pecuniarios comenzaban á faltar, porque el clero se mostraba bastante retraído hacía algunos meses, quizás porque preveía el desenlace y quería estar prevenido para cuando le llegara la vez de abandonar el país. Además, no era sólo con el enemigo material con quien tenían que combatir aquellos soldados, originarios los más de climas fríos ó templados: la estación de calores se aproximaba, y el clima de la tierra caliente era otro adversario no menos terrible, cuanto era imposible de derrotar.

¿Qué eran, en efecto, para sitiar á Veracruz, dados los elementos de defensa con que contaba, los siete ú ocho mil hombres que llevaba Miramón, y las doce piezas de artillería y los cuatro morteros con que apenas contaba, para encerrar la ciudad en círculo de hierro y fuego que la hicieran sucumbir? Nada: que las tropas sitiadoras eran aguerridas y valientes, y entendidos los jefes y oficiales que las mandaban, nadie puede negarlo sin faltar á la verdad y á la justicia; pero, ¿eran menos aguerridas y valientes las que defendían la plaza; menos inteligentes sus jefes y oficiales, y menos capaces los que llevaban la dirección de los negocios en la guerra?

Los resultados dan la prueba más elocuente. Dos años constantes de trabajo y de lucha, habían convertido á aquellos guardias nacionales, á aquellos leales oaxaqueños, á aquella gente de mar, que puede llamarse *gente de hierro*, en bizarros infantes y experimentados artilleros; y como además tenían por auxiliares cuerpos veteranos de gran reputación militar, el estímulo entre unos y otros hacía que todos rivalizaran en valor y entusiasmo patrio. Por otra parte, allí no había un

solo traidor: el pensamiento era sólo uno, y una sola la idea que todos tenían: la de vencer ó morir, puesto que no sólo la nación, sino el mundo entero, tenía fija la mirada en la *única plaza fuerte*, y aun puede decirse, la única población de importancia, con que contaba el Gobierno Constitucional para su sostenimiento, y cuya pérdida habría sido quizás el triunfo de la reacción en todo el país.

El orgullo de los veracruzanos (y para este caso, todos los que se encontraban dentro de los muros de la ciudad heroica se tenían como tales) estaba comprometido, y no se rendirían á un enemigo al cual, si le concedían igual valor, lo estimaban menos como hombres faltos de patriotismo y de lealtad.

XV

La lucha, pues, debía ser y fué encarnizada, manifestándose con tal carácter desde que comenzaron á aproximarse las tropas sitiadoras, como lo prueba el siguiente hecho totalmente aislado, y desconocido por parte de las autoridades del puerto, á cuyo conocimiento llegó por haberlo referido uno de los primeros desertores del enemigo: hecho que no sólo pudo ser fatal para Miramón personalmente, sino que pudo haber determinado la conclusión de la guerra civil en un tiempo más temprano que el que le marcó la derrota de Calpulámpam.

Algunos rancheros de las cercanías de Veracruz se encontraban en la ciudad durante los días en que se terminaron las fortificaciones, y testigos presenciales del establecimiento de las *minas*, establecieron una por su cuenta en el puente de la "Calera," por donde precisamente debía pasar la mayor parte del ejército expedicionario, no destinada á destruir á éste, sino á su Jefe el Presidente reaccionario y usurpador. Sin reglas ni conocimientos de ninguna especie, enterraron bajo el puentecillo una barrica de pólvora, y bajo tierra, dentro de un carrizo, una mecha común de algunos metros de lon-

gitud; preparando y llevando á efecto estos trabajos con el mayor sigilo, la víspera del día en que debía pasar el General Miramón. Atentos á su paso desde el escondite que escogieron, luego que los caballos que conducían el carruaje donde iba aquél pisaron la cabeza del puente, dieron fuego á la mecha: el fuego dilató en comunicarse á la improvisada mina lo suficiente para que el coche pasara, escapando los que iban dentro de una manera casual verdaderamente; pero no sucedió lo mismo al Jefe de la escolta y algunos *plateados* de los que la componían, quienes al pasar al trote largo, volaron hechos pedazos por la explosión de la barrica de pólvora y los pedruscos con que la habían cubierto.

La intentona no dió el resultado que se proponían los autores de ella, pero demuestra el espíritu hostil de que estaban animados contra los defensores de "Religión y Fueros."

* * *

Los sitiadores desplegaron un verdadero lujo de ferocidad para ver de lograr su intento, y los defensores de la ciudad no fueron menos terribles para defenderla.

Durante el bombardeo, los proyectiles enemigos inutilizaron algunas piezas de artillería en la "Noria," en "Santa Gertrudis," en "Santa Bárbara" y en "San Fernando," pero fueron reemplazadas inmediatamente. La plaza desmontó los mejores cañones del enemigo, embaló uno de sus morteros é inutilizó otro, haciéndole añicos un muñón; y en cuanto á la pobre tropa, veces hubo en que algunas piezas permanecieron en silencio á largos intervalos, porque las granadas y bombas, que nunca bajaron de veinte á la vez, al estallar sobre las baterías, dejaban tendidas en tierra dotaciones completas de artilleros, al grado que después del tercer día, hubieron de emplearse, para servir las, á los zapadores. No sufrieron menos las infanterías, pues las bombas de la plaza, Ulúa y las cañoneras, barrían todo el terreno, desde el en que estaba es-

tablecido el campamento, propiamente dicho, hasta mucho más adelante de "Casa Mata;" y si en su temeraria empresa hubieran forzado el paso de la tala de nopales, durante los ataques del 15 y 19, las minas, sobre las cuales tenían que pasar necesariamente, hubieran aniquilado horriblemente las columnas. Si el enemigo hubiera llevado diez mil hombres al menos para emprender un ataque simultáneo sobre todas las líneas, habría dejado la mitad antes de llegar al foso, y quizá con la otra mitad no hubiera podido asaltar la muralla, sin dejar una tercera parte más en tierra, para tropezar con la tercera línea de defensa dispuesta en el interior de la ciudad, y con los fuegos de Ulúa y de la escuadrilla en el caso de ocuparla, según estaba dispuesto.

XVI

Cuando en la tarde del día 21 se levantó el campo enemigo, el aspecto que presentaba era horroroso: hombres, mujeres y niños que allí concurren como á un paseo, daban muestras de compasión al ver aquí y allí, diseminados profusamente, cadáveres á medio enterrar en la floja arena, ó en las ruinas de "Malibrán," mutilados por los coyotes muchos de ellos. Armas rotas, cañones, negras aún las bocas, tirados al pie de las trincheras; prendas de vestuario ensangrentadas, escalas abandonadas; los espaldones materialmente deshechos; "Casa Mata" agujereadas las paredes y desplomados los techos; los árboles inmediatos desgajados ó tronchados á distintas alturas; y, lo más terrible y que denunciaba, sin embargo, la excelencia de los artilleros de la plaza, el terreno sobre que estaba levantado el campamento, el camino cubierto, y más todavía el lugar de las baterías, *literalmente empedrados*, permítaseme la frase, *con los cascos de las granadas y bombas, y con las balas* que durante diez días consecutivos estuvo arrojando la plaza en las horas que abría sus fuegos.

Una anciana, arrodillada delante de un montón de tierra

bajo el cual estaba sepultado su hijo, de cuyo cadáver sólo se veía el muñón de la mano izquierda, descubriendo el uniforme de la artillería, lloraba y plañía hasta partir el corazón; y un desertor que recorría el campo cual si buscara á alguien, inspiraba respeto y compasión.

Todavía en los momentos que se levantaba el campo, una nueva desgracia vino á aumentar la pena á cuantos allí se encontraban. Dos soldados de la 6ª compañía del batallón Guardia Nacional de infantería de Veracruz, que habían combatido en la guarnición de la "Gola," al intentar descargar una bomba que estaba al lado del mortero desmuñonado, fueron víctimas de su torpeza y falta de conocimientos. Rompieron la espoleta é introdujeron la punta de una bayoneta para vaciarla: el roce del metal hubo de producir algún calor y la bomba estalló, causando no poca sorpresa la explosión.

Cuando pasado el peligro, acudieron algunos de sus compañeros al lugar de la catástrofe, los infelices guardias estaban completamente destrozados desde el pecho á la cabeza.

Fueron las dos últimas víctimas del segundo sitio de Miramón.

XVII

Un episodio vino á poner de manifiesto que los veracruzanos, aun en medio de la efervescencia de las pasiones políticas, no pierden su carácter caballeroso y humanitario.

En la tarde del día 17, la caballería del terrible Capitán Rojas, que recorría la playa Norte desde Vergara á San Carlos, hizo prisioneros á dos caballeros que, en un coche, regresaban á Jalapa: dió parte á la plaza, y el General en Jefe dispuso que los remitiera con toda seguridad, sin que sufrieran daño alguno.

Antes de media noche penetraron en la ciudad, pie á tierra, por la poterna de "Concepción," y fueron conducidos al Cuartel General. Ambos eran conocidos, de antiguas y dis-

tinguidas familias, de Jalapa el uno, que vive aún, y el otro, que hace tiempo murió, de Veracruz.

Eran los mismos que, según noticia, habían propalado la voz en el campamento enemigo, de que la artillería de la plaza estaba servida por americanos. El primero fué remitido al fuerte de la "Noria" y el segundo á la "Gola," con orden á sus respectivos Comandantes de que, *guardándoles todas las consideraciones debidas y cuidando de que no corrieran peligro alguno*, tan luego como el enemigo rompiera los fuegos se les colocara en lugar apropiado y conveniente para que pudieran atestiguar que allí no había ningún americano, y que los artilleros eran todos mexicanos, guardias nacionales en su mayor parte. Protestaron contra la especie; pero habiéndolos reconocido el desertor que dió el aviso, la orden fué cumplida en ambos fuertes; y aquellos hombres presenciaron el cañoneo más terrible, el de los días 18 y 19. Luego, un Ayudante los condujo á la presencia del Gobernador, quien los proveyó de un salvo conducto para que pudieran pasar nuestras líneas, é ir á Jalapa á referir lo que habían presenciado.

Esa misma noche salieron de la ciudad.

* * *

Otro incidente.

El día 19, un oficial superior de la marina de guerra francesa, perteneciente á un buque surto en "Sacrificios," pidió permiso á la plaza para bajar á tierra y pasar á los fuertes de la ciudad, á fin de ver maniobrar la artillería, pues tanto á él como á sus compañeros les había llamado la atención la exactitud y precisión de las punterías sobre el campo contrario, cuya observación habían hecho desde á bordo. El permiso le fué concedido, y escogió la "Gola," á donde lo condujo un Ayudante del Cuartel General, situándose en la cortina número 5, cuyo bombero de á 68 mandaba el Subteniente de Guardia Nacional D. Domingo Gutiérrez. No se separó de su lado, y aun se subió sobre el merlón en los momentos del

fuego, para observar mejor, corriendo no poco peligro, rodeado de algunos oficiales del fuerte. Cuando la plaza hizo suspender los fuegos, el referido marino felicitó calurosamente al Subteniente Gutiérrez en particular por la precisión con que rectificaba las punterías, y á todos los artilleros de la pequeña guarnición.

XVIII

Las tropas se retiraron á sus cuarteles el día 23, y el mismo día la columna de operaciones, compuesta del 1º y 2º de Oaxaca, Reforma y Tuxpam, al mando del anciano General D. Pedro Ampudia, salió de Veracruz, precedida de la caballería de Subikuski; para ocupar Córdoba, Jalapa y Orizaba, prosiguiendo su marcha sin perder de vista al enemigo, ya muy desmoralizado; á la vez que por mar la emprendía Degollado y Lamadrid, con buenos cuadros de oficiales, para levantar fuerzas en el Interior, y abrir una nueva campaña de acuerdo con González Ortega. Llevaban armamento y parque en abundancia, y dinero suficiente para los primeros gastos, proporcionado por el comercio, dirigiéndose á Tuxpam y Tampico con las cañoneras y el vapor "Indianola."

La ciudad recobró luego su tranquilidad habitual: los ejercicios militares se suspendieron del diario, dejándolos sólo para los domingos: el Gobierno premió á los jefes y oficiales que más se distinguieron en el sitio, y casi al concluir el mes de Diciembre, estando en el teatro el Presidente Juárez y su familia, el Gobernador Zamora y una numerosa y escogida concurrencia, llegó la noticia, por extraordinario violento, de la derrota de Calpulálpam.

El efecto no se hizo esperar. La función teatral se suspendió; el Primer Magistrado de la Nación, de pie, con voz conmovida pero clara y serena, dió lectura al parte: la orquesta tocó diana, el público contestó con ¡vivas! entusiastas, y todos, gobernantes, músicos, actores, público, se lanzaron á las

calles, aplaudiendo frenéticos el feliz suceso que prevenía la conclusión de la guerra civil.

La ciudad se iluminó como por encanto: las cantinas y restaurants fueron invadidos para libar y pronunciar brindis llenos de patriótica exaltación: los que estaban en sus casas se lanzaron á las calles también, tomando parte en el regocijo general, y la luz del nuevo día sorprendió á todos entregados al placer y á la alegría, recibiendo luego Juárez las diversas Comisiones que fueron á felicitarlo en nombre de la libertad.

XIX

Pocos días después, el 1º de Enero de 1861, el ilustre huésped, con todo el personal de su Gabinete, empleados y demás personas de la comitiva oficial, y seguido de una fuerte escolta, se dirigió á la capital de la República, dejando entre los veracruzanos afectos de tierna gratitud, y llevando por su parte gratos recuerdos de su permanencia entre ellos.

Esto, y la promulgación y expedición de las "Leyes de Reforma," dentro de sus muros, formaron la página más brillante de la historia de Veracruz, á la que se concedió el título de "Tres veces heróica."

*
* *

Miramón, la espada más bien templada de la Reacción, y el tristemente célebre Padre Miranda, la cabeza más bien organizada del partido conservador, penetraron á Veracruz á la caída de una tarde, bien disfrazados como obreros del ferrocarril inglés, como entonces se le llamaba, en una pequeña plataforma que conducía al pagador de la empresa, para embarcarse clandestinamente, abandonando el país. Por bien disfrazados que fueran, hubo de sobra quienes los conocieran, y tanto el Gobernador como el Jefe político del Cantón, sabían que el primero se encontraba alojado en un cuarto entre-

suelo del "Hotel de Diligencias," y que el segundo lo estaba en una habitación del piso alto de "La Luisiana." Ni uno ni otro fueron molestados por nadie: eran enemigos vencidos que huían; no eran contrarios arrogantes que peleaban; y en Veracruz que se sabe llegar al sacrificio por el honor, jamás se desciende á la infamia por la delación.

VERACRUZ.

Ocupación de las líneas militares.—Aspecto de la población.

I

SI en la tarde del día 26 de Febrero de 1860, algún extraño á la población de Veracruz hubiera penetrado al interior de su recinto, habría presenciado un espectáculo á la vez que curioso, grave é imponente. Al habitual bullicio que allí se nota siempre, debido al constante y laborioso movimiento mercantil, había sucedido otro movimiento no menos bullicioso, si bien, por decirlo así, de un carácter serio y grave. Por do quiera se oía el redoblar de los tambores, los ecos armoniosos y marciales de las músicas militares y el belicoso sonido de los clarines: algunos oficiales cruzaban las calles á escape, ginetes en briosos corceles, y la pequeña batería situada en la azotea del Hospital Militar había disparado un cañonazo en señal de alarma.

Y en balcones y azoteas, en puertas bajas y ventanas, damas, niños y ancianos, en cuyos rostros se pintaba la alegría, pareciendo como que esperaban algo nuevo y extraordinario que viniera á romper la monotonía del trabajo habitual de aquel pueblo entregado siempre á las faenas propias del comercio, de las ciencias ó de las artes. Empero entre los curiosos no se notaban semblantes compungidos, ni miradas de espanto, ni lágrimas de dolor; muy al contrario, batían palmas de contento, y las palabras que al vuelo se cruzaban con